



“Manuel Gamio y el indigenismo”

p. 539-558

*Obras de Miguel León-Portilla*

*Tomo IV. Biografías*

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2009

700 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-48-7 (tomo IV, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-49-4 (tomo IV, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_leon\\_portilla/543.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/543.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## XXV MANUEL GAMIO Y EL INDIGENISMO\*

Me alegra participar en estas jornadas en honor y recordación del gran pintor Saturnino Herrán. Me parece que el programa, tal como se ha estructurado, ha sido un acierto. La magnífica presentación del maestro Fausto Ramírez, acerca de la obra y la persona de Herrán, nos ha introducido cabalmente al tema. Ahora me corresponde hablar acerca del doctor Manuel Gamio y el indigenismo que comenzó a florecer en la segunda década del siglo XX. El esquema que seguiré es muy sencillo: voy a evocar primero la figura de Gamio y después a concentrar la atención en lo que ocurrió en esa segunda década.

Conocí personalmente a Manuel Gamio. Tenía vínculos de parentesco con él y colaboré a su lado los últimos seis años en que, como director, estuvo al frente del Instituto Indigenista Interamericano, de 1954 a 1960. Gamio fue contemporáneo de Saturnino Herrán. No creo que se conocieran, por lo menos no hay ningún indicio. Don Manuel nació cuatro años antes que Herrán, en 1884, y fue muy longevo, ya que murió en 1960. Recordando algo que me gusta decir, traeré a cuento que quienes aprenden náhuatl suelen vivir luengos años. Fray Alonso de Molina, el primer lexicógrafo, murió de más de ochenta años, Bernardino de Sahagún, padre de la antropología en el Nuevo Mundo, llegó hasta los noventa y Ángel María Garibay, mi maestro, y Gamio, al que considero también maestro, murieron de cerca de ochenta años. El promedio, desde luego, no es malo.

Gamio era una persona de porte distinguido y considerable estatura, muy afable, sumamente sencillo; diría que a veces tiraba a tímido. Estaba muy a gusto, como dicen también de Emmanuel Kant, en una charla de hasta ocho o diez personas a lo sumo; cuando aumentaba el número, se empezaba a poner nervioso. Hombre de una ética verdaderamente incorruptible, generoso, no conoció la envidia ni la arrogancia ni la vanidad. Creo que era un sabio verdadero. Tenía una serie de *hobbies* muy peculiares, le interesaba mucho la ciencia moderna. Escri-

\* *Jornadas de Homenaje, Saturnino Herrán, en América Indígena, México, octubre 1960, v. XX, n. 4, p. 295-303.*

bió un pequeño opúsculo sobre los *quanta* y los electrones que hizo llegar a varios científicos como don Manuel Sandoval Vallarta. Este le habló y dijo: —“¿Qué interesante que usted, Gamio, que es un arqueólogo, un antropólogo, se ve atraído por la ciencia” Don Manuel se distraía con hacer algunos inventos. Diseñó una especie de muñeco que iba sentado en una bicicleta y tenía en el centro un dinamo. Lo colocaba cerca de la orilla del mar y, claro, el muñeco aquel empezaba a pedalear. Con el dinamo generaba entonces electricidad y se prendía un foco...

Además de su simpatía personal tenía Gamio la costumbre de meter la mano en la bolsa, sacar caramelos y ofrecerlos, era en este sentido como un niño. Después de esta breve presentación de su figura, voy a hablar de lo que eran sus ideas, hasta sus últimos años, para luego irnos remontando hacia la década que nos interesa.

Desde luego no fue el primer indigenista. Existe un libro muy interesante de Luis Villoro, que se intitula *Los grandes momentos del indigenismo en México*, y que comienza hablando desde el padre Las Casas, Sahagún, Torquemada, Clavigero, hasta llegar a Gamio. Mérito de éste es haber dado al indigenismo, a la arqueología y la antropología, un sentido diferente.

Comenzando como arqueólogo, amplió luego su interés hacia la antropología cultural y social, así como la antropología aplicada. Para él el indigenismo implicó un conocimiento integral de lo que es el legado prehispánico, no que lo abarque todo en cantidad, pero que trate de llegar a una valoración de sus alcances e implicaciones conceptuales y materiales. Como lo realizó él mismo en Teotihuacan, para dar un ejemplo, desde las perspectivas de diversas disciplinas. En esto Gamio se adelantó a su siglo. Hoy hablamos del “todo social” de una cultura (la idea de Althusser), pues Gamio en su enfoque integral buscó la captación de ese todo social para que, conociéndolo, podamos apreciar su valor, es decir, buscaba el meollo de su indigenismo en un aprecio por la raíz indígena, por el legado indígena. Pero a la vez que le interesa lo prehispánico, es decir, esa raíz indígena, consideró que no debía detenerse ahí. Esa raíz indígena forma parte esencial en el proceso que se va gestando, desde la aparición de los hombres de Castilla en el escenario mexicano. Tal raíz será elemento muy importante e insuprimible en el ser mestizo del país que se fue forjando.

Atiende luego Gamio al indígena, la comunidad, la sociedad, que no han desaparecido de México. Personas que se consideran discípulos de él, como el Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán que comenzó a trabajar con él, y que desarrolló ese concepto de “regiones de refugio”, precisamen-

te añaden. los indígenas viven muchas veces en regiones de refugio, es decir, en la peores regiones que fueron quedando para el hombre indígena. La conclusión de Gamio es actuar con ese conocimiento integral, con esa conciencia de que lo indígena es parte de nosotros, pero tenemos que actuar con respeto a las comunidades que perduran. En este punto no quiero soslayar que el pensamiento de Gamio, en los últimos diez o quince años, fue objeto de crítica por antropólogos que se autonombraron “de avanzada” Escribieron un libro intitulado *De eso que llaman antropología mexicana*. Acusaban allí a Gamio de que lo que él pretendía era que esas comunidades se absorbieran en el conjunto del mestizaje, generalmente en las peores condiciones, para formar parte de proletariados miserables, en tugurios de las ciudades. Esto es falso.

Si leemos la obra de Gamio, él busca la participación del hombre indígena, de la comunidad indígena, pero siempre afirma que los valores de la cultura indígena deben ser respetados, en tanto que el hombre nativo quiera conservarlos. Incluso añade que debe coadyuvarse para que se le quiten los obstáculos, si él quiere conservarlos. No pretende forzar al hombre indígena para que entre en la corriente de la cultura mestiza. Piensa que puede participar en la vida económica y política del país, manteniendo su identidad cultural. Eso lo podemos ver leyendo la obra de Gamio.

Gamio fue director del Instituto Indigenista Interamericano casi desde su fundación, como fruto del congreso que se celebró en Pátzcuaro en 1940, con la asistencia todavía del presidente Cárdenas y de otros muchos indigenistas que vinieron de América Central, América del Sur y Estados Unidos. Se crea ese Instituto, cuyo director iba a ser Moisés Sáenz, pero muere en el Perú y entonces Gamio es nombrado por el Consejo de los varios países miembros que suscriben la Convención Internacional de Pátzcuaro. La obra de Gamio, su concepción del indigenismo, se irradia hacia los distintos países, sobre todo de América Latina, y se va fundando en cada uno de ellos un Instituto Nacional Indigenista. En México se establece uno en 1947, del cual fue primer director otro personaje que había comenzado como arqueólogo, que continuó con el interés por la cultura prehispánica, y pasó a ser también un antropólogo social y cultural, don Alfonso Caso. Cuando yo conocí a Gamio estaba entregado a estas tareas precisamente; se publicaba y sigue publicando en el Instituto una revista que se llama *América Indígena* que, para estas fechas, desde que comenzó a salir en el año de 1941, se acerca al medio siglo de existencia y ha sido un vocero de comunicación en todo el continente. Esta es la presenta-



ción del Gamio indigenista en su edad no solamente madura sino hasta sus últimos años.

¿Que antecedentes tenía Gamio? Ahora vamos un poco hacia atrás. Había nacido, como ya dije, en la ciudad de México en 1884. Pertenecía a una familia de clase media, su abuelo era español, había venido a “hacer la América” Hay un retrato del abuelo, pintado por Pelegrín Clavé, muy bonito por cierto. Gamio estudia en la Escuela Nacional Preparatoria, termina su bachillerato y está dudoso, no sabe qué hacer El padre se metió a varios negocios y fracasó en todos. Decía Gamio con gracia que en él estaba a punto de cumplirse aquello de “padre mercader, hijo caballero, nieto pordiosero” “Mira chico —añadía con gracejo— por poco termino yo de pordiosero y, al hacerme antropólogo, me encaminé a paso firme hacia allí” Ingresa luego en Minería a estudiar ingeniería y al cabo de un año dice: “es aburridísimo, esto no me interesa” Gamio está haciendo estos experimentos de estudio, justo en la época en que Saturnino Herrán iba a entrar a la Academia de Bellas Artes, hacia 1904.

El joven Gamio pasó luego algún tiempo en un rancho que tenía su padre en el Río Tonto, en los límites de Oaxaca, Puebla y Veracruz. Ahí tuvo muchas aventuras, según me contaba él. Incluso pienso que hay por ahí algunos niños de ascendencia Gamio. Aprendió náhuatl y se interesó mucho, desde ese momento, en lo que concierne a las culturas indígenas, como él decía, “el hombre, el indio vivo y el indio muerto” Se trasladó a México e ingresó a los cursos que se daban de arqueología y lingüística en el Museo Nacional. Tuvo ahí maestros muy distinguidos. Había una escuela de Etnología que se creó, de la cual fueron maestros Alfred Tozer y Eduard Seler, gente muy distinguida. Sus estudios le fueron revelando la riqueza de esa raíz indígena, en la cual vería él luego la base del indigenismo. Sus estudios arqueológicos lo llevaron a establecer contacto con Franz Boas y con aquel otro personaje pintoresco que era la señora Zelia Nuttall, que vivió en México mucho tiempo, compró una casa en Coyoacán y dijo que era la casa de Pedro de Alvarado. No lo era, por supuesto, pero cuando ella quiso modificarla, le dijeron. “No, como es de Alvarado no le puede usted hacer ya nada” La Señora Nuttall expresó entonces: “En mala hora inventé esto”

Gamio logró con Zelia Nuttall que le concedieran una beca y marchó a Columbia University a continuar sus estudios con Franz Boas. Fue él el tercer estudiante que recibió un doctorado en antropología en Columbia University Estudiando con Boas, en un lapso intermedio, regresó a México y realizó las primeras excavaciones estratigráficas que se

llevaron a cabo en nuestro país. El había trabajado en Chalchihuites y La Quemada, en Zacatecas, y después en la zona de Azcapotzalco. Haciendo ahí excavaciones, aplicó entonces la estratigrafía. A nosotros nos parece raro que hubiera una arqueología no estratigráfica, que fuera igual que saliera un tepalcate o cualquier otro objeto de este estrato o del otro, es decir que no hubiera base para establecer las posibles relaciones entre zonas distintas pero que pertenecen a estratos culturales afines.

Gamio establece ya entonces una primerísima cronología en las culturas de Mesoamérica. No fue el primero en hacer excavaciones, por ahí andaba el Sr Ángel Ma. Garibay que, cuando estuvo él de cura párroco en Teotihuacan, en San Martín de las Pirámides, le decían los viejitos:

No es cierto que las pirámides las hayan hecho los indios, no es cierto. Nosotros vimos cuando vino el Sr Batres, ponía piedras y piedras hasta que salió esto.

Efectivamente los métodos de Batres no eran precisamente los ideales. Gamio reconoció la existencia de una cultura arcaica, señaló luego otra etapa posterior que se llamó vagamente "tolteca", y por fin, la etapa azteca. Es la primera periodización, que después se ha ido refinando y archirrefinando, pero en el fondo es el gran esquema. A Gamio, que ya desde entonces encuentra elementos teotihuacanos en Azcapotzalco, le preocupó cuáles eran los alcances de la etapa tolteca. En su gran obra sobre *La población del Valle de Teotihuacan* se plantea si esa ciudad es la Tollan de que hablan las fuentes, o hay otra Tollan que está vinculada con un pueblo que se llama Tula en el estado de Hidalgo.

Gamio regresa a México con su doctorado y pasa a ser inspector de monumentos prehispánicos. Escribe mucho en periódicos, concibe la idea de crear una Dirección General de Antropología. Estamos en la década que va de 1911 a 1920. En esta década redacta Gamio artículos de interés muy grande en el contexto de lo que estamos hablando. ¿Qué es para él la arqueología? ¿qué es para él la antropología? y ¿qué es para él "el arte prehispánico"? Pienso que aquí sí, cabe pensarlo, algunos, todos quizás, los pintores que pronto habrán de destacar en México, leen algunos de estos artículos que Gamio publica en un volumen que es el célebre libro *Forjando patria: pronacionalismo*, aparecido en 1916.

Gamio dio algunas clases también, no muchas, por esa época. Poco tiempo después logra, con el Presidente Carranza, la creación de la primera Dirección de Antropología en el continente americano. Habla de una Dirección, que sea parte de un gobierno. Claro está que había en



varias universidades departamentos de antropología, como aquel en que había estudiado él en Columbia University, pero no como una institución oficial del Estado. Lo que Gamio buscaba era, partiendo de los conocimientos de la antropología, atender a la problemática de las poblaciones contemporáneas. Y aquí ha habido otra vez gente que lo ha criticado, que dice: ¡Ah eso es como la “Realpolitik” de los alemanes en África del Sur! La comparación es inicua. Los alemanes efectivamente llegaron a tener etnólogos para estudiar a las poblaciones africanas y ver cómo las explotaban mejor. Gamio jamás pensó semejante demencia, era un nacionalista fervientísimo. Lo que él busca es suprimir obstáculos al desarrollo de los grupos indígenas, para lograr su participación en la vida económica, en la vida social y política, pero respetando sus identidades. Es cuando emprende el gran proyecto de Teotihuacan.

Antes de describirlo, quiero mencionar que Leopoldo Batres había vuelto a trabajar en Teotihuacan, allá por los años 1908-1909. Se hicieron entonces algunas excavaciones a lo largo de la Avenida de los Muertos, la que arranca en la Pirámide de la Luna y forma un eje, un gran eje vial, teniendo a la izquierda la Pirámide del Sol y que va a rematar a lo que se llama la Ciudadela, que en aquella época no se conocía. A un costado, en uno de los montículos, apareció un templo con pinturas murales muy notables. ¿Saben ustedes quién copió esas pinturas murales? Fue Saturnino Herrán. Hoy no hay otra forma de conocer lo que eran los murales del llamado “Templo de la Agricultura” que viendo los dibujos, las pinturas, que hizo Saturnino Herrán.

Me causa cierta risa oír a una persona que me dijo: “Sí, pero son muy infieles las pinturas de Saturnino Herrán”. Mi respuesta fue: “¿Cómo puedes saber si son o no infieles si ya no queda nada de los frescos originales?” Gamio incluyó esas reproducciones de Herrán en su obra sobre Teotihuacan. Cuando Gamio llevó a cabo su proyecto era justamente la época en que Herrán estaba trabajando ya en *Nuestros dioses*, en la última etapa de su vida. Gamio, con su criterio de la investigación integral, hizo un estudio para distribuir el país en zonas que le parecían de cierta cultura homogénea. En otra charla, esta mañana, oía al maestro Julio Estrada ofreciéndonos un intento de reorganización geográfica musical, pues bien, Gamio hizo otra regionalización en función de los rasgos culturales de las distintas zonas: área maya, la del noroeste; el área del Golfo, sobre todo los estados de Tamaulipas y Veracruz; el área central, que vendría a abarcar el Distrito Federal y los estados que se crearon a expensas del gran Estado de México, o sea el Estado de México actual, Morelos, Hidalgo, etcétera. Ahí inició su pro-

yecto, escogiendo el Valle de Teotihuacan, porque pensó que ahí podía tener una penetración en el tiempo muy profunda. Llevó arqueólogos, geólogos, arquitectos, sociólogos, economistas, artistas, lingüistas, etnólogos, en fin, un gran equipo, para acometer el estudio del “todo social”, diacrónicamente. Dedicó dos años de trabajo. Fruto de esa magna investigación son sus tres tomos de *La población del Valle de Teotihuacan*, 1922. En esta obra incluyó las reproducciones de esas pinturas murales del “Templo de la Agricultura” debidas a Saturnino Herrán.

Gamio parte de la investigación arqueológica y descubre, entre otras cosas, el cinto de la llamada Ciudadela y el Templo de Tláloc y la Serpiente Emplumada. Sus aportaciones acerca del que hoy conocemos como período clásico teotihuacano dejan huella imborrable. Señalan el rumbo a seguir. Pasa luego al estudio de la etapa colonial e incluso llega a reconstruir genealogías de antiguos señores de la zona tezcocana, como la correspondiente a la familia de los Ixtlilxóchitl. Siempre da crédito en su obra a quienes se ocupan de cada estudio. Recoge el *Código de San Juan Teotihuacan*, que registra unos pleitos entre agustinos y franciscanos, y estudia la arqueología colonial. Gamio, al igual que Saturnino Herrán, es un hombre cuyo indigenismo no lo conduce a actitudes como aquellas a las que llegó Diego Rivera, es decir, él no cree que esté reñido lo indígena con lo hispánico. Piensa que son dos las principales raíces culturales de México. Si niega una, no entiende lo que es la cultura mestiza. Podría citar muchos párrafos de sus obras a este respecto. Personalmente, en sus últimos veinte años tuvo Gamio a su lado cerca de doce años en el Instituto Indigenista Interamericano como Secretario General, al Doctor Juan Comas. Era él menorquín y antropólogo. Sabía Gamio que decían algunos: “Pero cómo es posible que este español se halle aquí de indigenista” Gamio respondía. “Pues también el padre Las Casas era español, y era indigenista”

En la década en la que estoy entrando (1910-1920), es cuando Gamio nos da una serie de ideas en lo que concierne al arte, que es precisamente el tema sobre el que me voy a concentrar. A tres artículos de él quisiera hacer referencia muy brevemente, artículos que reunió él en *Forjando patria*. Uno lo intitula “La dirección de las Bellas Artes”. Trata ahí de una dirección gubernamental que se está organizando sobre el cultivo de las bellas artes y, a la vez, del sentido que deben tener éstas en México. Aquí, como en casi todos los países —nos dice Gamio— florece el arte de todas las maneras posibles. “Incorporados a nuestra mexicana estirpe hay cubistas, divisionistas, futuristas, y otros mal comprendidos exotistas [...]” Añade en seguida.



¿Qué ha producido esto que puede llamarse verdadero divisionismo? Que nadie se comprenda, porque una presenta como pendón, en la liza, maravillosa tanagra, el otro sonriente Donatello, el de más allá hierático Caballero Águila y el exotista una pirámide que dice que es una Madona sonriente.<sup>1</sup>

En opinión de Gamio está muy bien que tengamos nosotros todas las formas de florecer del arte, que nos acerquemos al arte europeo, que tomemos en cuenta lo que ha habido de otras artes de la antigüedad, sólo que mientras nosotros no atendamos a lo nuestro, será tal vez imposible que México produzca obra de arte auténtico:

[...] lo legítimo tendría que ser [el arte] propio, el nacional, el que reflejara intensificados y embellecidos los goces, las penas, el alma del pueblo, y esto no sucederá mientras que quienes estén encargados de formarlo —pintores, escultores, músicos, literatos— caminen por sendas divergentes y alienten criterios exclusivos [...].<sup>2</sup>

Sólo cuando sepamos cultivar un arte que sea reflejo de lo nuestro —llega a decir Gamio— habremos entrado al arte universal. Esa es una de las ideas de Gamio acerca de la obra de arte en México. Pasa luego a hacer un intento de clasificación en otro artículo. Escribe:

[...] tenemos el arte prehispánico, tenemos el arte extranjero y tenemos la obra artística de continuación, que puede ser por incorporación evolutiva, y obra artística de continuación por incorporación sistemática.<sup>3</sup>

Y, finalmente, menciona “la obra artística de reaparición instantánea”

Gamio con cautela se plantea, ¿qué puede ser el arte prehispánico? Para responder realiza un experimento en el Museo. Sobre esto versa otro importante ensayo suyo. El planteamiento de Gamio mantiene validez en nuestros días, si no tanto ya con respecto al arte indígena, sí acerca de otras manifestaciones culturales. Hace poco estuve en un coloquio que se celebró en la Biblioteca John Carter Brown, en la ciudad de Providence, Rhode Island. El tema fue “El libro en el Nuevo Mun-

<sup>1</sup> Manuel Gamio, *Forjando patria*, 2a. ed., México, Editorial Porrúa, 1960, p. 51.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 36.

do” Al hablar de los antiguos códices mesoamericanos no faltó quien dictaminara que los códices no son libros, Mi respuesta fue que los códices indígenas fueron pintados, acompañados de escritura glífica, sobre papel de amate o de fibra de maguey o sobre piel de venado; son portadores de ideas, Si ellos no son —en su propia forma— “libros”, entonces otros muchos fenómenos culturales paralelos no deberán describirse o nombrarse con vocablos de las lenguas europeas: los cultos a los dioses no fueron “religión”, las normas y disposiciones tampoco fueron “leyes” ni “derecho” En fin, llevando la cosa al extremo habría que decir que tampoco había habido en Mesoamérica organización social, ni sistemas político y económico. Claro que, en cada contexto, el florecer de una institución es diferente, pero podemos acuñar conceptos genéricos para abarcar de alguna manera el fenómeno distinto. Esto hizo Gamio a propósito del arte. Esas producciones que obedecen a una religiosidad, que obedecen a una visión diferente del mundo, ¿qué son?

Antes de que pasemos a ver “qué son”, quiero referirme a algo de lo que él dice a propósito de esas maneras de contacto que se fueron produciendo: el arte indígena subsiste pero se ve influido por la presencia del arte español. Esto lo vemos en las artesanías, en ellas empiezan a entrar técnicas diferentes. En la cerámica se acepta el vidriado, el craquelado, incluso se enriquece el colorido. El arte nativo se ve influido no sólo por el arte español sino por el que viene del Oriente con la “Nao de Manila” Pero, a su vez dice Gamio, el arte español se ve influido por lo indígena y, si no, vayan ustedes a ver —nos dice— los conventos y contemplen las flores y otros elementos que aparecen a veces en las fachadas, en las representaciones de las imágenes, en aquello que más tarde Moreno Villa llamaría el arte *tequitqui*. Para Gamio ese arte es el arte nuestro, es el que se va produciendo por evolución natural en México. En ese arte, añade, podemos encontrar un antecedente de lo que puede ser el nuevo arte mexicano, reflejo de nuestro ser con significación universal.

Veamos ahora lo que constituye para Gamio el concepto de arte prehispánico. Hizo un experimento en el Museo. Colocó en una sala objetos como la cabeza del “Caballero Águila”, el mismo que —según nos decía el maestro Fausto Ramírez— copió Saturnino Herrán para los señores Porrúa como logotipo de su editorial. Colocó Gamio en esa misma sala una gran fotografía del “Cuadrángulo de las Monjas” de Uxmal, y puso también un chapulín muy bonito en piedra roja, al igual que la escultura conocida como “Cabeza de hombre muerto” En otra sala puso un Xipe Totec con las manos del sacrificado colgando, la

cabeza colosal, decapitada, de Coyolxauhqui, no la última que ha aparecido hace pocos años sino la que desde hace muchos ha estado en el Museo, así como una “palma” totonaca de connotaciones necrófilas. El experimento consistió en pedir a los que visitaran el Museo que pasaran a una y a otra de las salas y manifestaran cuál era aquella en la que encontraban piezas que les gustaban. Naturalmente la mayor parte de los visitantes decía que les agradaba el conjunto del “Caballero Águila”, la fotografía del “Cuadrángulo de las Monjas”, la “Cabeza del hombre muerto”, es decir —como lo notó Gamio—, las piezas que les recordaban el arte occidental.

Respecto de las esculturas expuestas en la otra sala, o sea de aquellas obras que no guardaban analogía con las producciones artísticas clásicas, manifestaron los visitantes que les parecían o extrañas, monstruosas, o al menos incomprensibles.

Reflexionando sobre esta doble actitud, Gamio sacó como conclusión que la dificultad para apreciar debidamente el arte indígena radicaba en la carencia de categorías estéticas específicas capaces de enmarcar y acercar el arte precolombino. Era pues necesario formarse, por el estudio de los antiguos textos, y en una palabra de la cultura indígena, esos moldes mentales que permitieran la apreciación de las creaciones estéticas del México antiguo. He aquí sus propias palabras:

Podemos preguntarnos, ¿se puede experimentar emoción artística ante un arte, como el prehispánico, cuyas manifestaciones aparecen por primera vez ante nuestra vista? Esto es lógicamente imposible, porque no se puede calificar en ningún sentido aquello de que no se tiene conocimiento, y lo que por primera vez se contempla, no puede ser apreciado, ni estimado suficientemente para calificarlo. Psicológicamente, es también imposible, porque las conexiones de estados mentales producidas por la presencia de manifestaciones artísticas, son fruto de la experiencia, no espontáneas.<sup>4</sup>

Aplicando luego el criterio apuntado, o sea, el de formarse las que él llama imágenes genéricas o categorías para comprender el arte prehispánico, formula la siguiente aplicación respecto de la célebre cabeza del “Caballero Águila” que, aunque de una manera superficial podría producir cierta emoción estética en el observador que desconoce la cultura indígena porque le recuerda producciones del arte occi-

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 42-43.

dental, en realidad para ser comprendida y sentida hondamente, debe serlo dentro de su propio contexto:

Para que el Caballero Águila, despierte en nosotros la honda, la legítima, la única emoción estética que la contemplación del arte hace sentir, es necesario, indispensable, que armonicen, que se integren, la belleza de la forma material y la comprensión de la idea que ésta expresa. El término "Caballero Águila" es indeterminado e inexpresivo. Debemos saber dónde y cuándo vivió y el cómo y por qué de su vida. El Caballero Águila no es un discóbolo ni un gladiador romano. Representa el hieratismo, la fiereza, la serenidad del guerrero azteca de las clases nobles. El escultor que lo hizo estaba connaturalizado con la época de su florecimiento, fue espectador de sus combates, de sus derrotas y de sus triunfos, y de todas esas visiones épicas surgió en su mente, embellecido y palpitante, el tipo de la raza. se mira en él la inmutabilidad, el reposo, en que parecen dormir ante el dolor y el placer los rostros indígenas, el cruel orgullo de los hijos de México; la cosmópolis de aquel entonces, señora y dueña de mil comarcas teñidas en sangre y estremecidas de valor; la abstracción mental, producida por el ambiente religioso de sangrientos ritos y torturas voluntarias, de eternas taumaturgias obsesionantes, de misteriosa cosmogonías [...] <sup>5</sup>

Sólo así, conociendo sus antecedentes, podemos sentir el arte prehispánico.

Este criterio para acercarse adecuadamente al arte indígena, que hoy en día parece evidente, fue, como lo han señalado dos eminentes críticos, Salvador Toscano y Justino Fernández, una aportación fundamental de Gamio:

La experiencia de Gamio —escribe el doctor Fernández— liquidó propiamente el conflicto estético del arte indígena antiguo, según se presentaba a la tradición moderna de Occidente, pues dejó en evidencia la invalidez del juicio basado en el patrón clasicista, origen de la aceptación y repulsión de las obras consideradas, cerrazón absoluta que ni el Romanticismo pudo abrir en definitiva. Razón tenía Gamio cuando pidió un nuevo punto de partida propio, en que la síntesis estética se extrajese de la conjunción de lo significativo (la forma) y de lo significado (el contenido), es decir que pedía que se hiciese el esfuerzo nece-

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 45-46.

sario para lograr la más amplia comprensión asequible del arte indígena. Este sí que fue un paso en firme.<sup>6</sup>

Lo expresado por Gamio respecto del legado artístico prehispánico, tuvo asimismo otra consecuencia de profundo sentido práctico. Fueron esta vez los pintores mexicanos, principalmente los grandes muralistas, quienes hicieron de lo indígena uno de los temas de su más constante interés.

Saturnino Herrán pudo haber leído a Gamio, sobre todo estos artículos suyos que he citado y que se publicaron hacia 1913. Fue poco antes de que, en 1914, el director de la Academia de San Carlos abriera ese concurso para que se presentaran proyectos para el friso que se tenía pensado pintar en el Teatro Nacional. Herrán se interesó por el concurso y concibió la obra extraordinaria que es *Nuestros dioses*, que podemos contemplar en la Casa de la Cultura de Aguascalientes. Pienso que la concepción de Herrán es en cierta manera genial, me atrevo a decirlo. Herrán toma en cuenta lo indígena con la carga de elementos españoles y toma en cuenta lo español, pero ya mestizado. Tenemos en estos tableros, de un lado y otro, a los que van a hacer la ofrenda y la adoración, españoles e indígenas y, en el centro, una diosa Coatlicue. Esa extraña Coatlicue en cuyo cuerpo —como dice el maestro Fausto Ramírez— parece desaparecer, como si fuera devorado, un Cristo, como si lo devorara Coatlicue. Además, el cráneo que se ve ahí en Coatlicue no es extraño para la simbología cristiana. Cristo sobre un cráneo, el Cristo crucificado o teniendo al pie de la cruz un cráneo. Creo yo que Saturnino Herrán plasma ahí, como en esencia, lo que es el ser de México, fruto de ese encuentro de dos mundos, de dos culturas.

En la obra de Herrán aparecen los españoles llevando una virgen que es su *Dea Mater*, la de los pueblos mediterráneos y, a la vez, del otro lado se aproximan indígenas acercándose a esa Coatlicue y a Cristo. Me pregunto, ¿en el cristianismo popular de México, hoy día, cuál es la divinidad suprema? ¿Es Dios Padre, representado como un anciano? He preguntado además a muchas personas por curiosidad, y “¿la palomita que está arriba de ese Dios anciano, qué es?” La respuesta general es que “es la paloma de la paz” (!). En cambio, es el Cristo sangrante y la diosa madre, la *Tonantzin* transformada en Guadalupe o en Señora de la Salud, o como ustedes quieran, la realidad divina objeto de adora-

<sup>6</sup> Justino Fernández, *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo*, México, UNAM, Centro de Estudios Filosóficos, 1954, p. 74.

ción. Cristo y la Diosa madre son lo que en verdad importan en esta interpretación del cristianismo. En el mediterráneo, en la época helenística, interpretaron a Cristo diciendo que era el *Logos*, un concepto totalmente ajeno al mundo hebraico. Cristo, como hombre, nunca hubiera comprendido que es eso de *Logos*. Esto fue parte de la interpretación helenística del cristianismo.

Se habló de los *prósopi* (tres personas divinas) y *hupoquéimenon*, la sustancia. Todo ello en base a un pensamiento totalmente alejado del hebraico. Fue una interpretación, y lo digo con toda seriedad y respeto. Puede haber personas muy creyentes, no se sientan ofendidas. En realidad así fue. Y, entre nosotros, ¿cómo se interpretó? Fue en el marco de la concepción de la dualidad divina. Es el pensamiento prehispánico que reaflore. Nuestra Madre, Nuestro Padre, *Ometecuhli*, *Omecihuatl*, es la dualidad. *Nuestros dioses*, —en la obra de Herrán— es un nuevo marco, en el que lo hispánico se indigeniza, y lo indígena se hispaniza y prevalece la dualidad. Ahí está la dualidad. Ustedes hagan la prueba, si lo dudan, pregúntenle a un chofer de autobús por qué tiene ese Cristo allá arriba con una virgencita de Guadalupe. La respuesta será: “pues porque son ellos los que yo adoro”

En esto vería yo un paralelo con lo expuesto por Gamio; una influencia tal vez difícil de demostrar. Pero, si había un clima propicio a esta apertura de reconocer lo más hondo en el ser de México, como lo muestran las creaciones literarias de las que ha hablado Felipe Garrido, como lo señaló en su momento la doctora Elisa García Barragán a propósito de algunos de los miembros del Ateneo, como lo ha expresado Jorge Alberto Manrique de las artes plásticas, e incluso también en la música, citando al maestro Estrada, hubo entonces una nueva toma de conciencia, claro, de lo indígena, profundamente de lo indígena. Yo diría que en su arranque esa toma, que coincide con el movimiento de la Revolución, no fue excluyente de lo hispánico, no satanizó lo hispánico, sino que reconoció que en lo indígena y lo hispánico están las dos raíces del ser de México. Por eso a Gamio le interesó Teotihuacan prehispánico y Teotihuacan colonial. Gamio tuvo a un pintor muy notable a su lado, Francisco Goitia. Es quien —lo recuerdan ustedes— nos dejó su *Tata Jesucristo*. Goitia hasta su muerte iba a visitar a Gamio. Era de esta misma región. Aguascalientes y Zacatecas tienen la misma raíz.

Yo veo grandes coincidencias en ese momento en que se fue gestando este nacionalismo en México, un nacionalismo diferente. Quizás la fuerza de este nacionalismo provenga del afán de los mexicanos por inquirir sobre sí mismos, y tal vez también se derive de que, siendo un nacionalismo, se abre y endereza ante la posibilidad de creación con

sentido universal. Como símbolos de esto están la figura y el pensamiento de Gamio en Antropología. Su obra se centró en México y ha tenido también resonancias fuera de este país. En el arte de hondas raíces nacionalistas surge el muralismo. Saturnino Herrán en *Nuestros dioses*, señalamiento extraordinario. El muralismo mexicano es hoy reconocido en todo el mundo. En verdad la década que se cerró en 1920 marcó el inicio de transformaciones a partir de ahondar en las raíces del propio ser de un pueblo.

### *Algunas ideas fundamentales del Dr Gamio*

El pensamiento de don Manuel Gamio ha sido fecundo desde diversos puntos de vista. Tanto en el campo de la ciencia pura, como en el de la aplicación práctica, las ideas de Gamio lograron a través de los años hondas resonancias. En este breve trabajo que con admiración y cariño dedicamos a la memoria del maestro desaparecido, trataremos precisamente de mostrar algunas de las ideas fundamentales, podría decirse claves, dentro del pensamiento de Gamio. Con el fin de lograr mejor comprobación de lo que aquí se exponga, aduciremos en forma de brevísima antología algunos párrafos de varias de las obras de don Manuel, en los que con sorprendente concisión y claridad formuló él mismo las ideas a que aquí nos vamos a referir

Entre los conceptos fundamentales del Dr Gamio parece oportuno destacar aquí los siguientes, que se cuentan entre los más importantes: 1) su concepto de la arqueología, 2) la antropología aplicada 3) el método de investigación integral, 4) el concepto del arte prehispánico; 5) el indigenismo interamericano.

### *El concepto de "arqueología"*

Como es bien sabido, el interés del Dr Gamio por los grupos indígenas americanos se orientó en un principio por el camino de la arqueología. Habiendo estudiado en el Museo Nacional de México esta rama de la antropología desde el año de 1906, emprendió a fines de 1908 sus primeras investigaciones arqueológicas en la zona de Chalchihuites, en el Estado de Zacatecas. Posteriormente, en colaboración con su maestro de la Universidad de Columbia, el Dr Franz Boas, realizó en el Valle de México los primeros trabajos de estratigrafía llevados a cabo en esta zona. Como veremos, el concepto que se fue formando de la ar-



queología vino a ser algo así como el rayo de luz que habría de orientar su acción e intereses futuros. A juicio de Gamio, la arqueología no debía ser solamente un conocimiento estático del pasado precolombino: el estudio de las huellas dejadas por los antiguos pobladores podría también contribuir como antecedente fundamental para lograr un conocimiento más autorizado de la población nativa contemporánea. En este sentido la arqueología adquirió en el pensamiento de Gamio un nuevo carácter dinámico, que además de su valor por sí misma, hacía posible su proyección como conocimiento de valor práctico en el presente. A continuación se transcribe un párrafo escrito por Gamio hacia 1916 en su célebre libro *Forjando patria*, obra que ha sido reeditada este mismo año de 1960:

Arqueología (en relación con el caso de México) es el conjunto de conocimientos referentes a la civilización de los mexicanos precolombinos. La civilización precolombina se caracteriza. 1º Por sus manifestaciones materiales. 2º Por sus manifestaciones intelectuales. Se cuentan en el primero de los citados grupos la arquitectura, la cerámica, los códices o manuscritos, la escultura, la pintura, implementos domésticos e industriales, armas y, generalizando, todo objeto material que sea obra de esa civilización. Las manifestaciones del 2º grupo comprenden ideas éticas y estéticas, conceptos religiosos, conocimientos científicos, organización de las instituciones religiosas, civiles y militares, y en general todo aquello que de carácter abstracto produjeron las agrupaciones precoloniales.

El conocimiento de esas manifestaciones contribuye a explicar las características que durante la época colonial distinguieron a la población mexicana y permite por tanto abordar autorizadamente el estudio de la población actual, cuyo conocimiento constituye sin duda, el verdadero evangelio del buen gobierno. Ya vemos cuán trascendente es la finalidad práctica de la arqueología [...].<sup>7</sup>

### *La antropología aplicada*

Persuadido cada vez más el Dr Gamio de la necesidad de aprovechar los conocimientos no ya sólo de la arqueología, sino asimismo de las varias ramas de las ciencias antropológicas y sociales, para atender al

<sup>7</sup> Manuel Gamio, *Forjando patria*, 1a. ed., 1916; 2a. ed., México, Porrúa, 1960, p. 58-59.

mejoramiento de la población nativa, cuyos bajos niveles de vida él mismo había podido comprobar directamente, formuló asimismo en enero de 1916, otra tesis de fundamental importancia. En ese año el Dr. Gamio, en su calidad de Presidente de la Delegación Mexicana al II Congreso Científico Panamericano, celebrado en Washington, presentó una ponencia sobre la creación de direcciones de antropología que asesoraran adecuadamente los trabajos de los gobiernos en relación con sus respectivas poblaciones. Esta idea, que como en el caso de la arqueología vino a imprimir asimismo un carácter eminentemente práctico, esta vez en forma más general a las ciencias antropológicas, fue aprobada por unanimidad en ese congreso. Hombre de acción, al igual que de pensamiento, el Dr. Gamio logró hacer realidad su idea en lo que a México se refiere. Precisamente en 1917 obtuvo la creación de la primera dirección de antropología en el continente, dentro de la Secretaría de Agricultura y Fomento. De las ideas formuladas por Gamio acerca de lo que debía de ser esa Dirección de Antropología, se transcriben a continuación las siguientes líneas:

La Antropología en su verdadero, amplio concepto, debe ser el conocimiento básico para el desempeño del buen gobierno, ya que por medio de ella se conoce a la población que es la materia prima con que se gobierna y para quien se gobierna. Por medio de la Antropología se caracterizan la naturaleza abstracta y la física de los hombres y de los pueblos y se deducen los medios apropiados para facilitarles un desarrollo evolutivo normal.

Desgraciadamente, en casi todos los países latinoamericanos se desconocieron y se desconocen, oficial y particularmente, la naturaleza y las necesidades de las respectivas poblaciones, por lo que su evolución ha sido siempre anormal. En efecto, la minoría formada por personas de raza blanca y de civilización derivada de la europea, sólo se ha preocupado de fomentar su propio progreso dejando abandonada a la mayoría de raza y cultura indígenas. En unos casos esa minoría obró así conscientemente; en otros, aunque intentó mejorar económica y culturalmente a aquella mayoría, no consiguió su objeto, porque desconocía su naturaleza, su modo de ser, sus aspiraciones y necesidades, resultando inapropiados y empíricos los medios propuestos para la mejoría de sus condiciones. Ese sensible desconocimiento se debe a que la población indígena no ha sido estudiada sensatamente, pues apenas si hay roce con ella por motivos de comercio o servidumbre; se desconoce el alma, la cultura y los ideales indígenas. La única manera de llegar a conocer a las familias indígenas en su tipo físico, su civilización

y su idioma, consiste en investigar con criterio antropológico sus antecedentes precoloniales y coloniales y sus características contemporáneas [...].<sup>8</sup>

Y esbozando ya en ese mismo estudio lo que había de ser en su pensamiento “el método de investigación integral”, dice a continuación el Dr Gamio:

Habrá que estudiar la población nacional desde los siguientes puntos de vista y de acuerdo con depurado criterio antropológico: 1º Cuantitativamente: Estadística. 2º Cualitativamente: Tipo físico, idioma y civilización o cultura. 3º Cronológicamente: Períodos precolonial, colonial y contemporáneo. 4º Condiciones ambientes. Fisiobiología regional.<sup>9</sup>

#### *El método de investigación integral*

Al frente de la Dirección de Antropología de México, se propuso el Dr Gamio llevar a cabo una serie de trabajos dirigidos a conocer integralmente las zonas que pudieran llamarse características de la República Mexicana. Le interesaba fundamentalmente estudiar, en su integración viviente, esos dos elementos básicos que son la población y el territorio. Esto, en su pensamiento, se debía llevar a cabo desde los varios puntos de vista sociológico, económico, lingüístico, sanitario, educativo, etc., así como tomándose en cuenta su evolución a través del tiempo, o sea su pasado prehispánico, colonial y moderno hasta llegar a la época contemporánea. Para esto, dividió a la nación en once zonas representativas, la primera de las cuales comprendía los estados de México, Hidalgo, Puebla y Tlaxcala, o sea las regiones más inmediatas a la ciudad de México. El sitio escogido como representativo de esta zona fue Teotihuacan, en el Estado de México. Allí, mejor que en ningún otro lugar, podría estudiarse con una perspectiva de milenios, la evolución del territorio y del hombre.

Los resultados de la actividad y estudio del equipo organizado por Gamio, que estuvo trabajando en esto desde 1918 hasta 1921, fueron publicados en su obra magna *La población del Valle de Teotihuacan*, en

<sup>8</sup> *Op. cit.*, p. 15.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 18.



tres volúmenes que aparecieron en 1922. El mismo Gamio destaca en su introducción general, los dos objetivos principales de su trabajo:

Los estudios que posteriormente se exponen en esta obra y van a ser sintetizados y comentados aquí, se hicieron con dos principales objetos: 1º Conocer las condiciones de propiedad, producción espontánea, producción artificial y habitabilidad del territorio comprendido en el valle de Teotihuacan y deducir los medios para mejorarlas eficazmente. 2º Investigar los antecedentes históricos, el actual estado físico y los diversos aspectos de civilización o cultura que presenta la *población* del citado valle, así como los medios adecuados y factibles que deben aplicarse para procurar su mejoría física, intelectual, social y económica.<sup>10</sup>

La obra monumental acerca de la población del Valle de Teotihuacan, guiada por la idea de que sólo puede conocerse una determinada realidad geográfica y humana si es estudiada integralmente, constituyó una aportación sumamente valiosa, que fue reconocida, desde luego, por los más destacados investigadores mexicanos y extranjeros. Pero, una vez más, Gamio no se detuvo en el plano de lo meramente teórico. Consecuencia de sus trabajos en Teotihuacan fue la iniciación de diversos proyectos que se pusieron en marcha para elevar las condiciones de vida de los modernos teotihuacanos. En el estudio del Dr. Ángel Ma. Garibay K., que se publica en este mismo número de *América Indígena*, analiza su autor varias de las principales realizaciones prácticas llevadas a cabo por Gamio. De este modo su obra acerca de Teotihuacan fue nuevo ejemplo de la forma de conjugar integralmente teoría y práctica a favor de un grupo humano.

Desafortunadas circunstancias políticas impidieron al Dr. Gamio proseguir adelante con este tipo de investigaciones respecto de las otras zonas representativas de la República Mexicana. Al menos quedó la semilla del método integral que posteriormente, a través del Instituto Indigenista Interamericano y de sus varios filiales, los institutos nacionales indigenistas, había de dar nuevos frutos.

<sup>10</sup> Gamio, Manuel y otros, *La población del Valle de Teotihuacan*, 3 v., Dirección de Talleres Gráficos, dependiente de la Secretaría de Educación, México 1922, t. I, p. XII.

*El indigenismo interamericano*

Desde principios de 1942, el Dr Gamio presidió como director el Instituto Indigenista Interamericano, fundado a raíz del I Congreso Indigenista celebrado en Pátzcuaro Mich., en abril de 1940. Su acción al frente de este organismo internacional le permitió difundir en un plan mucho más amplio sus ideas acerca de la investigación integral. Ante todo, se empeñó por lograr una adecuada identificación del indígena americano. Esta cuestión, como él mismo lo señaló, “implica tres preguntas que parecen fáciles de contestar pero que no lo son en realidad. ¿cuántos, quienes y cómo son los habitantes de América que deben ser propiamente conceptuados como indígenas?”<sup>11</sup>

En busca de esa identificación del indígena, consideró el Dr Gamio que ni el criterio racial, ni el lingüístico eran suficientes ni adecuados para llegar a una definición de lo indígena. Básicamente había que atender a los rasgos de cultura de origen precolombino. A su juicio podían considerarse como indígenas quienes en su cultura material o intelectual conservaran un elevado porcentaje de elementos o instituciones de procedencia prehispánica. Con la tendencia característica que llevaba al Dr Gamio a imprimir siempre un sentido práctico a su pensamiento, formuló en relación con esto varios cuadros para calificar y valorar las características principales de los grupos indígenas, tanto en los censos de población de los varios países americanos, como en encuestas que él a través del Instituto llevó a cabo. Gracias a estos trabajos pudo obtenerse una imagen mucho más precisa de las características y proporciones del problema indígena en América.

Empeñado en convertir en una realidad actuante al movimiento indigenista interamericano, el Dr Gamio realizó gestiones que culminaron con la creación de los varios institutos nacionales indigenistas en la gran mayoría de los países americanos. En algunos de esos institutos, afiliados al Interamericano, como en el caso de México, hombres como los Dres. Alfonso Caso y Aguirre Beltrán concibieron la forma de aplicar, valiéndose de modernas técnicas, el método de Gamio de la investigación y acción integral. En este sentido puede decirse que ideas como la de los centros coordinadores indigenistas son consecuencia del pensamiento y la concepción original de Gamio.

<sup>11</sup> Manuel Gamio, “La identificación del indio”, en *Consideraciones sobre el problema indígena*, Ediciones del I. I. I., México, 1948, p. 103.



Imposible sería querer referir en estas breves líneas las últimas formas de acción desarrolladas por Gamio durante su gestión de dieciocho años al frente del Instituto Indigenista Interamericano. Baste mencionar los trabajos de índole sanitaria que llevó a cabo a favor de la población víctima de la oncocercosis en Chiapas y Guatemala, su empeño puesto en lograr la recopilación y publicación de las leyes indigenistas de los varios países americanos, el proyecto para elevar las condiciones de vida de la mujer indígena, la difusión de nuevas formas de alimentación, como el caso del frijol soya, la organización de los congresos indigenistas interamericanos y la publicación ininterrumpida de los dos órganos informativos del Instituto, *América Indígena* y *Boletín Indigenista*, de los que se han distribuido cerca de un millón de ejemplares en todo el continente.

El maestro Gamio fue ciertamente pensador profundo y más que nada sembrador de ideas, muchos de cuyos frutos él mismo ayudó a recoger. El indigenismo interamericano fue su última preocupación. Todavía durante las últimas semanas de su vida, desde el lecho en que se encontraba enfermo, seguía con interés los trabajos y proyectos del Instituto. Las últimas líneas que escribió se refieren precisamente a la necesidad de seguir trabajando por elevar las condiciones de vida de los millones de indígenas americanos.

Quienes tuvimos el privilegio de colaborar con él largo tiempo, somos conscientes de la pérdida irreparable que significa su muerte. Pero también sabemos que muchas de sus ideas fundamentales continuarán ejerciendo muy hondo influjo y seguirán siendo, como él lo quiso, incentivo a la acción.